

MARÍA BAJO LA CRUZ

Fr. Ron Rolheiser, OMI

Una de las imágenes más populares en toda la escritura es la imagen de María, la madre de Jesús, silenciosamente parada bajo la cruz mientras su hijo muere.

Mientras Jesús moría, los Evangelios nos dicen que María, su madre, estaba de pie bajo la cruz.

¿Qué hay en esa imagen? ¿Qué hay en esta imagen que nos invita a algo más que simple admiración, piedad o simpatía?

Esta es una imagen mística y es cualquier cosa menos piadosa. En los Evangelios, después de Jesús, María es la persona más importante que observar. Ella es el modelo del discipulado, la única que lo hace bien. Y lo hace muy bien bajo la

cruz. ¿Qué hace ella mientras está de pie allí? En la superficie, parece que no está haciendo nada en absoluto: no habla, no intenta detener la crucifixión, y ni siquiera protesta por su injusticia o alega la inocencia de Jesús. Es muda, aparentemente pasiva, abiertamente no hace nada. Pero a un nivel más profundo, está haciendo todo lo que se puede hacer cuando uno está bajo el peso de la cruz, está sosteniendo la tensión, manteniéndose fuerte, negándose a devolver en especie, y resistiendo de una manera más profunda.

¿Qué significa esto?

En los Evangelios, “estar de pie” es lo opuesto a la postración; es una posición de fuerza. María “se puso de pie” bajo la cruz. Aún así, ¿por qué el silencio y por qué su aparente falta de voluntad para actuar o protestar? En esencia, lo que María estaba haciendo bajo la cruz era esto: Ella no podía detener la crucifixión (hay veces que la oscuridad tiene su hora) pero sí podía detener algo del odio, la amargura, los celos, la falta de corazón y la ira que la causaba y la rodeaba. Y ayudó a detener la amargura al negarse a devolverla en especie, al transformarla en lugar de transmitirla, al tragar con fuerza y (literalmente) al comer la amargura en lugar de devolverla, como todo el mundo hacía. Si María, en su indignación moral, hubiera empezado a gritar históricamente, a gritar con rabia a los que crucificaban a Jesús, o hubiera tratado de atacar físicamente a alguien mientras clavaba los clavos en las manos de Jesús, se habría visto atrapada en el mismo tipo de energía que todos los demás, reproduciendo la misma rabia y



amargura que causó la crucifixión en un principio. Lo que María estaba haciendo bajo la cruz, a pesar de su silencio y su aparente falta de voluntad de protestar, irradiaba todo lo que es antitético a la crucifixión: gentileza, comprensión, perdón, paz, luz.

Y eso no es fácil de hacer. Todo en nuestro interior exige justicia, grita por ella y se niega a permanecer en silencio ante la injusticia. Ese es un instinto saludable y a veces actuar sobre él es bueno. Necesitamos, a veces, protestar, gritar, lanzarnos literalmente a la cara de la injusticia y hacer todo lo que esté a nuestro alcance para detener la crucifixión.

Pero también hay veces en que las cosas han ido tan lejos que los gritos y las protestas ya no sirven, la oscuridad va a tener su hora pase lo que pase y todo lo que podemos hacer es pararnos bajo la cruz y ayudar a comer su amargura negándonos a participar en su energía. En esas situaciones, como María, tenemos que decir: “No puedo detener esta crucifixión, pero puedo detener algo del odio, la amargura, los celos, la crueldad y la oscuridad que la rodean. No puedo detener esto, pero no conduciré su odio”.

Y eso no es lo mismo que la desesperación. Nuestra débil impotencia no es una resignación pasiva, sino todo lo contrario. Es un movimiento hacia los únicos rayos de luz, amor y fe que aún existen en esa oscuridad y odio. Y, en ese momento, es lo único que la fe y el amor pueden hacer.



Como dice el Libro de las Lamentaciones, hay momentos en los que lo mejor que podemos hacer es “¡poner nuestras bocas en el polvo y esperar!” A veces también, como dice Rainer Marie Rilke, lo único que ayuda es absorber la pesadez: “No tengas miedo de sufrir, devuelve la pesadez al peso de la tierra; las montañas son pesadas, los mares son pesados.”

Eso no es pasividad, resignación o debilidad; es una fuerza genuina y rara. Es “estar bajo la cruz” para ayudar a quitar algo de su odio, caos, amargura y violencia.

Así que esta es la imagen: A veces la oscuridad tiene su hora y no hay nada que podamos hacer para detenerla. A veces las fuerzas ciegas y heridas de los celos, la amargura, la violencia y el pecado no pueden, por ese momento, ser detenidas. Pero, como María bajo la cruz, se nos pide que “nos pongamos” bajo ellas, no en la pasividad y la debilidad, sino en la fuerza, sabiendo que no podemos detener la crucifixión, pero sí podemos ayudar a detener algo del odio, la ira y la amargura que la rodea.